

Para que no me olvides

Ana Moreno Pérez*, Ana González Rodríguez**

Creí entender a Laura cuando me contaba, con su actitud dramatizada, mezcla de desafío, provocación, juego e ingenuidad, que los cientos de cortes que cubrían su cuerpo, dejando indemne sólo la piel de las manos, la cara y el cuello, se debían a una forma de combatir la angustia. Aunque algunas veces antes había tomado infinidad de pastillas, no sabía bien con qué intención, si morir o mortificar a los de su alrededor, creí entender ese remedio perverso del fluir lento de la sangre para liberar la tensión que su insatisfacción la producía. A fin de cuentas, las cosas ahora no iban como le gustaría. El reciente ascenso laboral la venía grande, a ella, que todo se le había quedado pequeño, que siempre se había sentido el alma del grupo o la alegría de la fiesta. Tampoco la apasionada relación con Pablo, surgida de Internet, era tan estimulante como al principio. Ella quería cada día algo distinto y él sólo rutina. Creí entenderla más aún, cuando me reveló que el roce áspero de su piel, provocado por las cicatrices de los cientos de cortes auto-inflingidos con un cutter, pretendía desalentar y repeler las largas y ávidas manos de su jefe. El ascenso tenía un precio. El ingreso la sirvió para dejar de cortarse pero no para calmar su insatisfacción. Un día, ya en casa, decidió tomarse todas las pastillas que tenía y, parece que, esta vez, si tenía clara la intención. Su hija de diez años la encontró muerta. Esta vez pensé que sólo había creído entenderla.

Ártemis estaba llamada a un destino mejor. Con qué mimo su madre cuidó cada uno de los detalles de su embarazo, imaginando para ella un futuro de diosa o, al menos, de heroína de folletín. No pudo ser. Quiso la fatalidad una anoxia

que enturbió el futuro de la diosa. ¿Cómo seguir creyendo en el destino, pensaría su madre, si Ártemis no corre detrás de él como los demás? Ártemis no sabrá nunca que le esperaban otras cosas pero intuye diferencias entre lo que es y la mirada soñadora que a veces adivina en su madre. Y no quiere estar en casa, no quiere ser la responsable de la pena de su madre, tan guapa, tan incompleta. De pequeña, inventaba dolores y un presente maltratador con el que confundía a los médicos de todos los hospitales de la gran ciudad donde vive –otras habilidades no tendrá, pero se maneja bien en el transporte público–. Ártemis, no sabes mentir. Otra vez han cazado a la diosa cazadora y vuelve a casa. Tu madre se enfrenta a la vergüenza de lo que no eres y a la vergüenza de lo que eres. Andando el tiempo, Ártemis se sienta en mi despacho de unidad de agudos, desafiando todas las estancias medias. –Me quiero ir a casa–, y como si de un contrato se tratara, establezco con ella plazos de normalidad, asegurando que yo quiero lo mismo. Ártemis no sabe, pero intuye. Y se traga lo que encuentra –piedras, tierra, monedas, candados, gasas, pilas, plásticos,...–, se corta los brazos, se anuda el cable del teléfono al cuello, intenta escaparse (una vez lo consiguió y volvió al rato), mientras repite, furibunda ahora, ¡me quiero ir!. Tiempo es ya de corregir la hipótesis: yo intuyo, Ártemis sabe.

Con 32 años Palmira ha pasado un tercio de su vida ingresada a vueltas con su cuerpo. Tiene un cuerpo escuálido, cuesta pensar que se sostenga, al que su mente enferma ha sometido a todo tipo de rigores. Empezó por no darle de comer con sólo 17 años, pero le seguía pare-

*Ana Moreno Pérez. Psiquiatra. IPSSM José Germain. Leganés

**Ana González Rodríguez. Psiquiatra. CSM Chamartín. Madrid.

ciendo demasiado orondo y decidió no ingerir líquidos y, de hacerlo, vomitarlos enseguida para que su cuerpo no se hinchara. Pronto resolvió dejar de respirar, para que el aire no diera volumen a su esqueleto, pero la dureza de su cuerpo se resistió a la prueba. Después vinieron los vómitos automáticos, la toma compulsiva de fármacos para dormir eternamente o para dejar de vivir su cuerpo, pero su cada vez más curtido cuerpo lo soportaba todo, las gomas para limpiar su deslavado estómago y el negro carbón para vaciar su ya vacío intestino. Tampoco se privó este sufrido cuerpo de cortes por dentro y por fuera con cuchillas, espejos, cristales y otros objetos punzantes. Hace un tiempo descubrió el alcohol y las drogas y, con ello, la posibilidad de encontrarse con su cuerpo. Sólo entonces, como a escondidas, empezó a vivir fugazmente su cuerpo como propio y a sacarle algún jadeo que no fuera de sufrimiento. Pero la mente enferma de Palmira se enfada cuando disfruta con su cuerpo y le pasa factura por cada suspiro de goce y si no su madre, que como la mente enferma de Palmira también prefiere un cuerpo macilento y sin dientes pero casto. Pero Palmira, pese a su madre, a los ingresos psiquiátricos y a su mente enferma es una superviviente.

Soledad está sola. Quisiera poder decir que se siente así, que su gente la cuida aunque ella ahora no se dé cuenta, pero no es cierto. No conoció a su padre, cambiaba de cuidadores cada año, estuvo interna en un colegio del que consiguió salir dejando de comer. Sin éxito: su madre le pide que no le llame mamá delante de los demás.

Soledad busca desesperadamente a su madre. Quiere amigos que le ayuden a olvidar por un momento el vacío interior. Me da miedo asomarme a ese vacío. Sin modelos, sin más guía que la mirada asustada de una niña sin muñeca

perdida en un parque, Soledad copia, intentando ser en los demás. No tiene mucho donde elegir. ¿Te acuerdas, Soledad, cuando terminaste enganchada al alcohol porque era la única forma de estar con María y a ella le facilitaba el éxito con los chicos?. María siguió su camino sin ti mientras los demás te mirábamos extrañados (en el hospital siempre miramos extrañados) y mamá seguía sin hacer ni caso. Después Pilar te pidió que la acompañaras a las tiendas a robar. Con la ilusión de la primera relación te lanzaste a ello. Ahora sigues robando, como la mejor, sin saber por qué, sin poder parar y, como siempre, sola. En el hospital conociste a la élite de la sinrazón, que te asusta, y a los reyes de la autodestrucción, a los que están dispuestos (eso dicen) a morir matando. Y ahí andas, cortándote las muñecas, tragando pastillas, matándote de hambre, dispuesta a ser la primera sacrificada con tal de que alguien te devuelva la mirada, esperando que, esta vez sí, mamá mire.

Juan tiene, así cuenta él, el cerebro dividido. Mi amigo, como llama a la otra mitad, me dice que me mate. Y se toma pastillas o se abre la tripa, en un equilibrio inestable que no siempre es capaz de mantener. Juan siempre ha trabajado. Casi sin formación, huyó a los diecisiete años de un padre alcohólico y un futuro minero, llegó a ser un importante hombre de negocios en una gran empresa. Mide su éxito por las llamadas que recibía en el móvil. *Ochenta llamadas al día*, dejándome agotada sólo de imaginarlo. *Parecía un hombre de carrera, con su traje y su portátil*, explica su mujer. En su carrera al éxito se olvidó de las emociones, de su familia, de ese pasado machacón que se empeña en no dejarse olvidar. La empresa le traicionó, dejándole a su suerte a pesar de haberle dedicado lo mejor de sí mismo y el cuerpo le traiciona de igual manera. Juan se desvanece, pierde la memoria, aparece en mitad de la nada sin saber cómo ha llegado hasta allí, roba un coche,

obligando a todos a tratarle como el niño que no es. Quizá la única manera que ha encontrado de recuperar la atención y la autoridad, ahora que su mujer se atreve a hacer cosas por su cuenta. *Me quiero matar*, y se acaban las discusiones y los planes alternativos. Juan es un ídolo con los pies de barro. Me dedico con él a intentar juntar los trozos. ¿Sabremos?

Papá ha muerto, me corto, sólo yo me despedí de él, me corto, le daba crema, me corto, le cortaba las uñas, me corto, mamá tenía envidia, me corto, ningún amor como ese, me corto, yo le cuidé como nadie, me corto, mi marido es atractivo, me corto, temo que las demás se abran de piernas para él, me corto, me acuesto con él sin ganas para retenerlo, me corto, me premia, me corto, se enfada, me corto, no me aguanta, me corto, me quiere, me corto, mi hija le hace la comida, me corto, quiere a mi hija, me corto, tengo envidia de mi hija, me corto, me pide dinero, me corto, se lo doy para comprarla, me corto, no quiero comprarla, me corto, no sé quererla, me corto, no me quiere, me corto, quiero que me quiera, me corto, papá la quería, me corto, mamá sólo quería dos niños, me corto, soy la cuarta, me corto, mamá calla, me corto. Papá ha muerto y yo no fui su mujer.

Escuché su voz, por primera vez, tras más de un mes de silencio. Al principio, ni nos miraba. Sus ojos permanecían perfectamente cerrados, igual que su boca, mientras se dejaba hacer, no sin cierta resistencia. Poco a poco sus ojos y su boca se fueron abriendo para comer lánguidamente y mirar expectante lo que ocurría a su alrededor. Aparentaba indiferencia, pero su mirada

desafiante ante los que la asistíamos, se tornaba en curiosa cuando se trataba de saber lo que les ocurría a sus compañeros de la planta o lo que el personal hablaba en sus ratos de asueto. Aceptó salir de la habitación para pasear y comer con el resto de pacientes, pero siempre en silencio. Luego comenzó hablar, pero no la oímos, porque cuando aparecíamos se callaba. Sólo hablaba con los "compañeros", esos que no eran como ella. Por fin un día, se decidió a hablarnos y nos preguntó si ya habíamos adivinado algo. Comenzó a hablar, aunque siempre se guardó su secreto. Se fue. La encontré en otro hospital, de la misma forma, con su silencio desafiante...y volvió a hablar, habló mucho, pero nunca de su secreto. Sólo dijo que estaba enfadada y que los psiquiatras no teníamos ni idea ni podíamos ayudarla.



Monica Lampresidert. Color 47. Enero 2002.